



Todos los personajes de *Mi teoría de todo* son de ficción excepto Ruby, que era muy real y un poco salvaje, y trajo muchas zarigüeyas a casa.

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska

Diseño de cubierta: Lara Peces

Título original: *The Theory of Everything* Traducción del inglés: Andrés Carrobles

© del texto: J. J. Johnson, 2012

© Ediciones SM, 2013 Impresores, 2 Urbanización Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

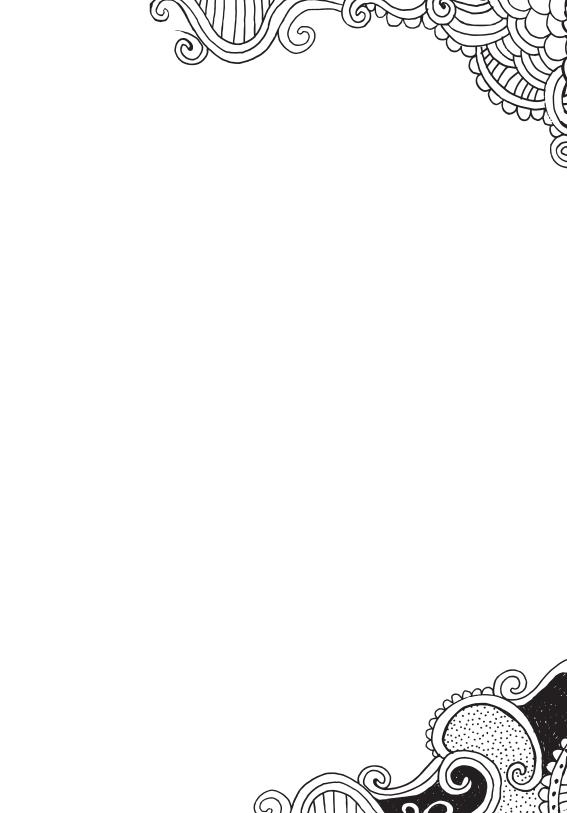
Tel.: 902 121 323 Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Para Juanita y Earl, mis señores progenitores.













algún significado que no termino de pillar, o sucesos totalmente arbitrarios?

HACE OCHO AÑOS, cuando teníamos siete, mi mejor amiga, Jamie, me regaló un caleidoscopio. Parece una tontería, pero aquel chisme me encantó. A Jamie también. La tía me lo quitaba cada dos por tres hasta que le regalé otro. Solíamos quedarnos tiradas en el patio de mi casa, mirando fijamente el cielo mientras los prismas giraban y cambiaban de color. Cristales de nube blanca, fractales de cielo azul.

Alucinante y psicodélico, pero en plan feliz y sin drogas. Bueno, ahora toda mi vida es así: cambiante y sin drogas, a menos que cuenten los antidepresivos, claro.

Ah, y por cierto: Jamie ya no está. Murió en marzo.

Desde entonces me siento como si viviera en un caleidoscopio gigante: una fuerza exterior invisible le da vueltas al mundo, el suelo se tambalea y las piezas recortadas de mis días se empujan unas a otras en nuevos dibujos, todos vidriosos y triangulares.

Suena la campana. Tengo que irme volando al gimnasio, el peor sitio en esta tierra prismática y cristalina. Llamémoslo el Décimo Círculo del Infierno. Odio este lugar con la pasión ardiente de un millón de soles, lo juro, pero necesito mis reservas de tampones e ibuprofeno. El período ha decidido bendecirme en mitad de la clase de Química y, por desgracia, se me olvidó reponer la taquilla principal con provisiones.

Después de coger todo lo que necesito, atravieso el gimnasio a toda velocidad. Tengo que llegar al aparcamiento antes de que mi hermano Jeremy se vaya sin mí.

Echo a correr a lo largo de la pared llena de ventanales hacia la salida más alejada, al otro lado del edificio. Empujo la puerta, pero no se mueve, así que le doy varias patadas. ¿Veis? Este lugar es el epicentro del mal...

Entonces, algo llama mi atención al otro lado del cristal.

Me vuelvo hacia allí. Siento que estoy en una película, pero el carrete se desliza fuera del proyector y se enrolla al caer al suelo.

Una visión borrosa. Una serie de imágenes a toda velocidad. El ruido de una explosión y, luego, vidrio que estalla en pedazos. Los sonidos reverberan por el suelo, llegan a mis pies, suben por mis piernas y atraviesan mi columna.

Luminosos copos de nieve explotan en el aire, un caleidoscopio que apunta al cielo azul y a las nubes. Pero no se trata de nieve ni de nubes, sino de esquirlas de cristal.

Una criatura enorme se tambalea frente a mí. Un ciervo de cornamenta maciza. Y no deja de bramar. Los copos de nieve, restos de ventanas hechas añicos, sobresalen de su cuerpo.

Ostras peludas. Los pies se me han quedado clavados al suelo.

Estoy petrificada con una mano en alto (ni que yo fuera capaz de detener el destrozo de cristales), y con la otra aprieto mi medallón, como si solo fuera eso lo que necesito proteger.

El animal se trastabilla, cabecea, me mira fijamente... Y juro que parece que quiere decirme algo. Que el caleidoscopio ha girado otra vez, que mi vida ha cambiado... Otra vez. Y este ciervo y yo estamos dando volteretas en medio de la luz y los prismas.



En cuanto vuelvo a sentir las piernas, salgo disparada de aquel lugar. Mi mente ha puesto el piloto automático y mis pies me llevan directos al edificio principal.

Cuando llego allí, apenas me salen las palabras.

-Un ciervo... en el gimnasio... Está herido...

La señorita Franklin se asoma desde su ordenador y deja la cola light en la mesa.

-Sarah, cariño... Estás sangrando -afirma, y se lleva la mano a la frente.

Como reflejándose en un espejo, las yemas de mis dedos notan la sangre caliente que brota de mi ceja. Tengo algo incrustado en la piel: un trocito de cristal.

-Mierda.

El doctor Folger sale de su despacho.

-¿Acaso he oído a nuestra joven Jones? Ciertamente, no hay ninguna necesidad de emplear semejante lenguaje.

En realidad no me está mirando. Se ha detenido a recolocar la placa que hay en la puerta de su despacho. *James Folger, Doctor en Educación, Director Pedagógico*. Después se vuelve hacia nosotras y, en cuanto se fija en mi frente, se le salen los ojos de las órbitas.

-La madre que... ¿Estás bien?

-Claro. Genial. -No pretendía decirlo así. En algún momento de los últimos ocho meses, mi voz (o mi mente) ha sido abducida por una neurona borde. Lo quiera o no, el 92 % de las cosas que digo suenan a sarcasmo. No puedo evitarlo, es superior a mí-. Hay un ciervo en el gimnasio.

−¿Que hay un qué?

Mientras se lo explico, la señorita Franklin saca unos pañuelos y los ondea hacia mí. Cojo los clínex y me limpio con cuidado por encima del ojo.

El hombre da dos pasos hacia mí y entonces se para en seco, como si se hubiera quedado grogui al ver la sangre más de cerca. Se aclara la garganta, pero no dice nada. Ha debido de perder su vocación.

Suena el teléfono.

-... quédate un poquito más. Sí, luego vamos a por ti. Gracias -cuelga la secretaria y le dirige al doctor Folger una de esas miradas punzantes que los adultos creen que los jóve-

nes de hoy día no entendemos—. Igual deberíamos echar un vistazo al gimnasio, ¿no?

−Sí, sí, claro.

La señorita Franklin recoge su cola light y me da varios pañuelos más. Me guardo el que he usado en el bolsillo y me aprieto uno nuevo contra la frente. (En el bolsillo izquierdo, basura; en el derecho, artículos de primera necesidad como cacao de labios y gomas del pelo).

Salimos hacia el epicentro del mal. Cuando doblamos la última esquina antes de llegar al gimnasio, empiezo a desear como una posesa que el ciervo se haya esfumado. Sinceramente, preferiría que todo esto hubiera sido una alucinación. A veces parece que la posibilidad de estar loca es mejor que andar lidiando con la realidad.

Pero el animal sigue allí y ahora está gimiendo. El ruido deja helados al doctor Folger y a la señorita Franklin, así que soy yo la que abre la puerta. Nos quedamos en el umbral, sin decir nada, durante un rato que se me hace eterno. El ciervo está tendido sobre el costado mirando las ventanas hechas añicos, hacia la libertad.

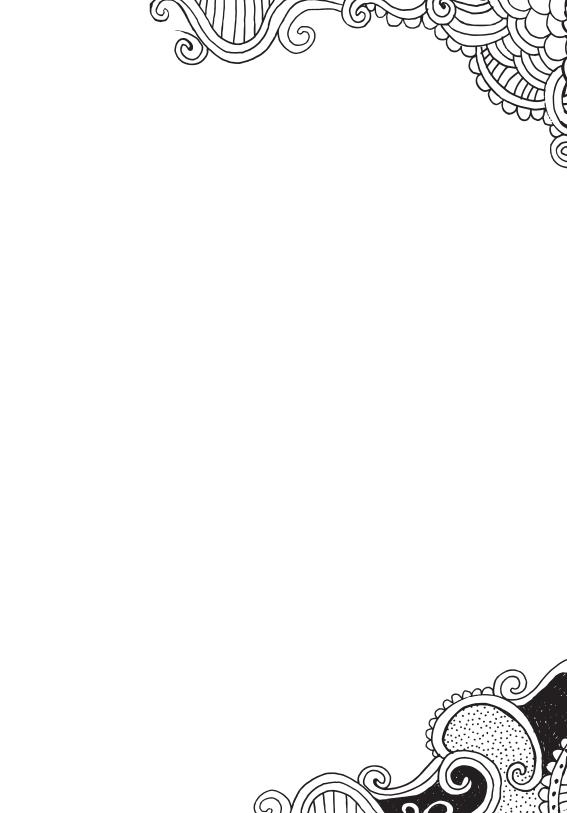
Dejo la mochila en el suelo, sin levantar la vista de mis pies. Oigo los intentos del venado por mantenerse erguido.

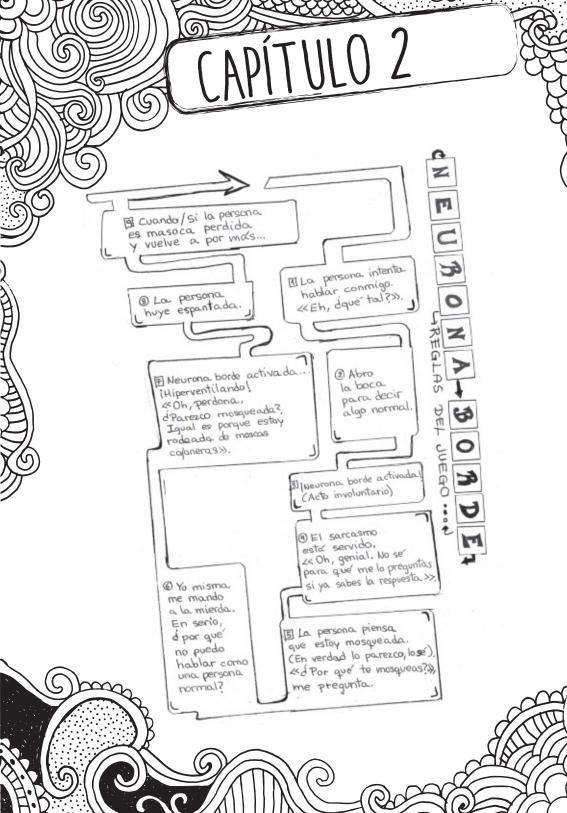
A la secretaria se le cae la lata de refresco. *Clonc. Fsss.* Un líquido oscuro se extiende por el suelo, sobre las líneas pintadas de la pista.

- -Oh, Dios mío -suspira la mujer.
- -Santo cielo... -susurra el doctor Folger, y se restriega el cuello-. Llama a la policía.

Está pensando en Jamie.

Todos estamos pensando en Jamie.





ANTES DE QUE PUEDA procesar adónde me está llevando, la señorita Franklin me saca del gimnasio y me arrastra por el pasillo principal hasta la enfermería. La puerta se abre y me encuentro cara a cara con la madre de Jamie.

Genial. Justo lo que necesitaba: que mi plan para evitar todo-lo-relacionado-con-la-familia-de-Jamie se fuera al traste. Más de medio año de trabajo tirado a la basura.

La señora Cleary está aquí, delante de mis narices, y no la veo nada bien. La tristeza que rezuma su cuerpo parece lluvia radiactiva. Tiene una expresión decaída y bolsas en los ojos. Sin duda, su aspecto es el de alguien que ha perdido una hija. Pero entonces sonríe, y la sonrisa se queda flotando en sus ojos como si realmente se alegrara de verme.

Yo estoy viva y su hija está muerta. Si yo estuviera en su lugar, no querría verme.

Pero ella me está sonriendo.

-¡Sarah! -exclama, estrujándome en un abrazo, y luego me echa hacia atrás para poder mirarme a la cara.

¿Se enterará de lo del ciervo? Ojalá que no... Ya hay bastante tristeza en su vida por culpa del maldito gimnasio.

- -Tiene un pequeño corte en la frente -explica la señorita Franklin.
 - -Ya casi ha dejado de sangrar -añado yo.

Traducción: «Aquí no hay nada que ver. Estos no son los androides que estáis buscando. Circulen».

-Vamos a echar un vistazo. -La señora Cleary da una palmadita en el mostrador para que me siente. Después se pone unos guantes de plástico, me agarra la barbilla y me inclina la cabeza para evaluar la situación—. No es muy profundo, pero estoy viendo una pequeña astilla. Un cristal, ¿verdad? Tenemos que sacarlo de ahí. A lo mejor te sangra un pelín más.